

# La hermandad del lobo

David Farland

Traducción:  
Myriam García Bernabé



Libros publicados de David Farland

## LOS SEÑORES DE LAS RUNAS

1. Los señores de las runas
2. La hermandad del lobo

Próximamente:

3. *Wizardborn*

Título original: *Brotherhood of the Wolf*  
Primera edición

© David Farland, 1999

Ilustración de cubierta: Jan Patrik Krasny

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey, Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9800-570-7 Depósito Legal: B-6174-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 5

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a **[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)**, que indique claramente:  
**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

## Prólogo

La semana de Hostenfest comenzaba con el habitual ambiente festivo en el castillo de Tal Rimmon, en el norte de Mystarria.

La primera mañana de Hostenfest, el espíritu del rey de la tierra se presentó como solía. Padres y madres se deleitaban amontonando comida para sus hijos en la mesa de la cocina: chorreantes panales de miel en dulces montones, mandarinas con pintas marrones típicas de Mystarria, almendras asadas en mantequilla, uvas dulces recién arrancadas de las vides y aún húmedas por el rocío de la mañana. Todo esto representaba los generosos obsequios que el rey de la tierra confería a quienes amaban la tierra, «los frutos del bosque y del campo».

Y en ese primer amanecer de Hostenfest, los niños se levantaron y corrieron ansiosos hacia la chimenea, donde las madres habían dejado muñecas tejidas con paja y flores silvestres secas para sus hijas, o quizás una caja con un gatito amarillo dentro; y donde los muchachos igual se encontraban con arcos tallados en madera de fresno, o capas de lana con finos bordados que ayudarían a resguardarlos del frío durante el invierno que se acercaba. Así los niños rebosaban felicidad y así empezó la semana de Hostenfest en Tal Rimmon, bajo un cielo tan cálido y azul que ocultaba la llegada del otoño.

«El verano es eterno», prometía el cielo. No soplaban viento alguno que agitara las arboladas colinas en torno al castillo.

Aunque durante el segundo día de Hostenfest los padres comentaban en voz baja que una fortaleza había caído, pocos niños hicieron caso. Después de todo, Tal Dur estaba situada muy al oeste y el duque Paldane *el Cazador*, quien actuaba de regente durante la ausencia del rey, repelería rápidamente a los ejércitos de Indhopal.

Además, todavía era época de alegres festividades y había recordatorios de ello por doquier. Por el suelo había hierba fresca esparcida: reina de los prados, menta, lavanda o rosa. Las imágenes del rey de la tierra aún estaban colocadas en los umbrales de las puertas y los marcos de ventanas, una invitación al rey de la tierra para que entrara en los hogares de la gente. Ya hacía casi dos mil años desde que el rey de la tierra se había alzado a fin de guiar a la humanidad. Las viejas estatuillas talladas en madera lo mostraban vestido con las ropas de viaje verdes y el báculo en la mano, una corona de hojas de roble enlazadas en el pelo y, a sus pies, conejos y zorrillos que jugaban.

Las imágenes simplemente servían como recordatorio de que el rey de la tierra se hubo presentado una vez. No obstante, en aquel día, algunas de las

ancianas se acercaban a sus imágenes y susurraban «que la tierra nos proteja», como si se dirigieran a Ella.

Pocos niños se percataron.

Y más tarde, esa noche, cuando un jinete anunció que realmente un nuevo rey de la tierra se había alzado lejos, en el norte, en Heredon, y que el nombre del ese rey de la tierra era Gaborn Val Orden de Mystarria, la gente de Tal Rimmon irrumpió en una celebración llena de júbilo.

¿Qué importaba que el mensajero trajera funestas noticias de señores degollados en lugares remotos, de los ataques de las tropas de Raj Ahten, señor de los lobos, en los reinos de Rofehavan? ¿Qué importancia tenía que el viejo rey Mendellas Val Orden, el propio padre de Gaborn, hubiera sucumbido en la batalla? Después de todo, un nuevo rey de la tierra se había alzado y, asombrosamente, se trataba del mismísimo soberano de Mystarria.

Tal noticia llenó a los jóvenes de orgullo inconmensurable, mientras que los mayores intercambiaban miradas deliberadas y susurraban: «Será un invierno largo».

De inmediato los herreros de Tal Rimmon se pusieron a trabajar en la forja de espadas y martillos de armas, escudos y armaduras para hombres y caballos. El marqués Broonhurst y otros nobles de los alrededores regresaron a la fortaleza antes de que concluyera la temporada de caza otoñal. En el gran salón del marqués, discutieron largo y tendido acerca de lo que presagiaban aquellos partes: nefastas noticias de ataques de brujería, el avance de las tropas enemigas, el llamado del duque Paldane a prepararse para el combate.

Pocos niños se dieron cuenta, puesto que su júbilo seguía inalterado.

Pero aquel día parecía que un cambio de aires había traído consigo una sensación indescriptible de perentoriedad y agitación. A lo largo de la semana, los jóvenes de Tal Rimmon habían estado preparándose para las justas que acompañaban la clausura de Hostenfest. Sin embargo, los muchachos que se disponían a luchar entonces mostraron una repentina expresión salvaje en la mirada. Y, a mitad de semana, cuando comenzaron los primeros torneos, los que participaban en la justa o en los combates de práctica atacaron a sus contrincantes con inusitada brutalidad. En ese momento, su intención no era la de ganarse honores únicamente entre ellos, sino la de ganarse algún día el derecho de poder entrar en combate junto al mismo rey de la tierra.

El marqués observó el cambio y, cuando dijo repetidamente a sus lores: «Es buena cosecha la de este año, la mejor que jamás he visto», no se refería a las manzanas.

A mitad de semana, el cielo se oscureció y hubo en Tal Rimmon una tarde de tormenta y truenos que hizo temblar la ciudad. Muchos de los niños del lugar se acurrucaron en la cama con sus madres y padres, a salvo bajo la colcha. Esa misma noche, quinientos poderosos señores de las runas llegaron del este a caballo, en respuesta al llamamiento del duque Paldane para defender Carris, la fortaleza más grande en Mystarria occidental, ya que los partes más recientes referían que el señor de los lobos, quien se retiraba hacia sus dominios en Indhopal, había lanzado un ataque en dirección sur, hacia el centro de Mystarria.

El marqués Broonhurst no podía alojar a tantos señores con sus tropas, por lo que hizo que muchos se resguardaran de la tormenta en el gran salón o en las posadas fuera

del castillo. Allí los lores y los caballeros debatieron larga y enérgicamente cómo repeler la inminente invasión.

Las tropas de Raj Ahten ya habían tomado tres fortalezas fronterizas. Peor aún, aquel le había arrebatado los dones a unas veinte mil personas. Se había apoderado de su fuerza, inteligencia, resistencia y elegancia para sí mismo, convirtiéndose en un guerrero tan fiero que nadie podría superarlo en combate. Intentaba convertirse en «la esencia de todos los hombres», un ser que, según contaban las antiguas leyendas, era inmortal. Algunos ya temían la indestructibilidad de Raj Ahten.

Todavía peor: había usurpado tantas virtudes de encanto que su belleza eclipsaba al sol. Cientos de kilómetros al norte, en Heredon, cuando sus tropas asediaron el castillo de Sylvarresta, los vasallos del rey Sylvarresta miraron a Raj Ahten durante un segundo, arrojaron las armas muralla abajo y le dieron la bienvenida como su nuevo regente. Y se contaba que, en Longmot, Raj Ahten había utilizado la tremenda fuerza de su voz para destrozar la piedra de los muros del castillo, al igual que un maestro cantor puede romper un cristal.

Casi había amanecido cuando Raj Ahten atacó Tal Rimmon. Se presentó tirando de una carreta llena de cebollas. Una maltrecha capa le tapaba hasta la frente para protegerlo de la lluvia de la noche. En las puertas de la fortaleza los centinelas le prestaron poca atención, puesto que también se habían acercado otros campesinos con sus carros, quienes se refugiaban de la lluvia bajo los aleros de la tienda de un tejedor.

Raj Ahten comenzó a tararear una canción, emitiendo una especie de gemido gutural de increíble volumen, un sonido que gradualmente hizo retumbar los muros de piedra de Tal Rimmon y vibrar los huesecillos del oído medio de los hombres, como si tuvieran un avispón atrapado dentro del cráneo.

Los centinelas maldijeron y desenfundaron las armas. Unos pocos campesinos que iban junto a Raj Ahten se agarraron la cabeza en señal de dolor, mientras el canto de este les hacía añicos el cráneo. Antes de morir, perdieron el sentido.

En pocos segundos, la piedra de las torres de Tal Rimmon empezó a temblar violentamente. Pedazos de aquella se desconcharon como si la artillería hubiera golpeado los muros.

Pronto las almenas del castillo vibraron, inclinándose para después desplomarse, tal y como si un puño todopoderoso hubiera arremetido contra ellas.

Raj Ahten continuaba de pie con su capa harapienta. Subió el tono de voz hasta que las torres del marqués se derrumbaron hacia adentro y su gran salón cayó con la protesta de las vigas chirriantes.

Los señores de las runas quedaron aplastados bajo la piedra de esos edificios. Las lámparas de aceite, rotas, desparramaron su contenido por los maderos y los tapices, por lo que gran parte del castillo ardió en llamas.

Ningún hombre corriente podía acercarse a Raj Ahten sin ser masacrado. Dos de los señores de las runas poseían suficientes dones de resistencia como para soportar su voz, pero cuando se abalanzaron desde las ruinas de una de las posadas e intentaron darle a probar su acero, Raj Ahten desenvainó su daga tan velozmente que, antes de que se diesen cuenta, les abrió el vientre.

Una vez que la fortaleza y la mayoría de los edificios del mercado hubieron caído, Raj Ahten dio media vuelta y huyó por las oscuras calles de la ciudad, hacia las sombras.

Instantes después llegó hasta donde estaba su corcel imperial, atado detrás del granero de un campesino, a los pies de una pequeña colina. Dos docenas de sus Invencibles se habían agrupado en la oscuridad mientras esperaban su regreso.

Un tejedor de llamas, de nombre Rahjim, se encontraba sentado sobre un caballo negro y, hambriento, contemplaba las ruinas de Tal Rimmon, las llamaradas que se retorcían hacia el firmamento. Era el tercer castillo que su señor había destruido en una sola noche. El tejedor respiraba entrecortadamente debido a la excitación que sentía; la boca despedía vaho; los ojos, una luz antinatural. No tenía cabello alguno, ni siquiera tenía cejas.

—¿Hacia dónde ahora, oh gran luz? —preguntó el tejedor de llamas.

Al acercarse, Raj Ahten notó el calor seco de la piel de la criatura.

—Ahora vamos a Carris —respondió Raj Ahten.

—¿No a las Cortes de Tide? —suplicó el tejedor—. ¡Podríamos destruir su capitolio antes de que los lores puedan advertir el peligro!

—A Carris —dijo Raj Ahten con más firmeza, resuelto a resistirse a los argumentos del tejedor de llamas.

Todavía no deseaba arrasarse toda Mystarria.

El rey de Mystarria aún se encontraba apartado, muy al norte, en Heredon, escondido en las profundidades del bosque de Dunn, protegido por los espíritus de sus antepasados.

—Atacar el capitolio en las Cortes de Tide sería un golpe cruel —instó Rahjim.

—No atacaré allí —susurró Raj Ahten en tono amenazador—. El muchacho no vendrá si no le dejo nada que salvar.

Raj Ahten saltó a lomos de su caballo de armas, aunque durante un rato no emprendió la marcha hacia Carris. Tal Rimmon se distinguía tan claramente como el día bajo las columnas de humo que producía el fuego. En la distancia, la gente gritaba e intentaba arrojar agua a sus hogares, pasto de las llamas, o trataba de sacar a los caídos de debajo de los edificios derrumbados. Raj Ahten podía oír los llantos de los niños. Contempló la ciudad incendiada, mientras las llamas reflejadas en sus oscuros ojos bailaban.

## Sexto libro

Vigésima jornada del mes de la cosecha

Un día de decisiones

## Las voces de los ratones

El rey Gaborn Val Orden cabalgaba hacia el castillo de Sylvarresta el último día de Hostenfest, el día del gran banquete, cuando tiró de las riendas de su montura y observó detenidamente la carretera de las montañas Durkin, donde los árboles del bosque de Dunn habían sido talados para despejar el camino a tres kilómetros de la ciudad. Amanecía y el sol proyectaba un fino haz plateado sobre las colinas del este, las sombras de los robles deshojados tapaban el camino.

Sin embargo, en un tramo donde daba la luz de la mañana tras la curva, Gaborn distinguió tres liebres grandes. Una de ellas parecía estar en guardia, ya que observaba atenta la carretera, con las orejas firmes, mientras otra mordisqueaba un trébol melilot de flores amarillas y dulces, que crecía al borde del camino. La tercera liebre se limitaba a saltar estúpidamente y a olfatear las hojas marrones y amarillas recién caídas.

Aunque las liebres estaban a más de cien metros de distancia, a Gaborn la escena le resultaba extraordinariamente nítida. Después de haber pasado los últimos tres días bajo tierra en la oscuridad, sus sentidos parecían revitalizados. La luz resultaba más brillante que nunca, el trinar de los pájaros le llegaba más claramente. Incluso la forma en que la fresca brisa del amanecer, que descendía del monte y le acariciaba el rostro le parecía nueva y diferente.

—Detente —susurró Gaborn al mago Binnesman.

A su espalda, alcanzó y desató el arco y la aljaba de la silla de montar; lanzó una mirada de advertencia a su cronista, aquel erudito de apariencia esquelética que le seguía desde su infancia, para ordenarle que se mantuviera alejado.

Ellos tres se encontraban solos en la carretera. Sir Borenson los seguía a cierta distancia, con su trofeo de la cacería de Hostenfest, pero Gaborn quería regresar a casa apresuradamente y reunirse con su nueva esposa.

Binnesman frunció el ceño.

—¿*Milord*, un conejo? Sois el rey de la tierra. ¿Qué dirá la gente?

—Silencio —susurró Gaborn.

Sacó la última flecha de la aljaba, pero se detuvo. Binnesman tenía razón. Gaborn era el rey de la tierra y lo adecuado sería que abatiera un buen jabalí. Sir Borenson



había matado a un reaver hechicero, y arrastraba su cabeza por este camino de la ciudad. Durante dos mil años, la gente de Rofehavan había esperado ansiosa la llegada del rey de la tierra. Todos los años, durante el séptimo día de Hostenfest, el último día de los festejos, el día del gran banquete, servía de recordatorio de la promesa del rey de la tierra, quien bendeciría a su gente con todos los «frutos del bosque y del campo».

La semana anterior el espíritu de la tierra había coronado a Gaborn y le había encomendado que cuidara de la simiente de la humanidad durante los aciagos tiempos que se avecinaban.

Había luchado mucho y muy duro durante los últimos tres días, y la cabeza del reaver pertenecía a Gaborn y a Binnesman tanto como a sir Borenson.

Aun así, Gaborn se imaginó cómo los bufones y los titiriteros lo ridiculizarían si solamente aportaba una simple liebre al gran banquete. De modo que se preparó para las burlas de los bufones y saltó con delicadeza de su cabalgadura mientras susurraba «quieto» a la bestia. Se trataba de un caballo de fuerza, un cazador sublime, con runas de inteligencia marcadas en el cuello. Este lo miró fijamente en silencio, mientras Gaborn colocaba la pala inferior del arco en el suelo, metía una pierna entre este y la cuerda, lo doblaba y tiraba del extremo superior de la cuerda hasta dejarla bien anclada. Una vez encordado el arco, cogió la última flecha, examinó las plumas grises de ganso y la encocó.

Sigilosamente, se desplazó hacia adelante y se mantuvo agachado en el lado del camino donde había espesura. Las violetas de hechicero crecían altas en esa zona, con flores de color morado intenso. Una vez tomara la curva, las liebres estarían bajo la luz del sol. Siempre y cuando se mantuviera entre las sombras, no lo verían. Si permanecía en silencio, no lo oirían; y mientras que el viento le diera de cara, no lo olerían.

Con una mirada hacia atrás, Gaborn vio que su cronista y Binnesman seguían montados. Gaborn, al acecho, comenzó a acercarse por el camino enlodado.

A pesar de todo, estaba nervioso, y no se trataba de simples temblores de caza; sentía el inicio de una aprensión algo imprecisa. Entre los nuevos poderes que la tierra le había otorgado, Gaborn podía percibir el peligro en torno a sus elegidos.

Hacía apenas una semana había presentado como la muerte rondaba a su padre, aunque no había podido detenerla. La noche anterior, empero, la misma abrumadora sensación le había permitido prevenir una catástrofe cuando los reaver les tendieron una emboscada en el Averno.

En aquel instante presentía el peligro, algo impreciso, algo distante. La muerte le acechaba del mismo modo que acechaba a aquellos conejos.

La única desventaja de aquel poder recién estrenado era que no podía identificar la procedencia del peligro. Podía tratarse de cualquier cosa: un vasallo demente, un jabalí que merodea entre la maleza.

No obstante, Gaborn sospechaba que era Raj Ahten, el señor de los lobos de Indhopal, el hombre que había asesinado a su padre.

Mensajeros sobre caballos de fuerza habían traído noticias de Mysterria. En la tierra natal de Gaborn, las tropas de Raj Ahten habían asaltado tres castillos mediante tretas justo antes de Hostenfest.

El tío abuelo de Gaborn, el duque Paldane, había reunido un ejército a fin de contener el problema. Paldane era un viejo señor, un estratega experto con varios dones de inteligencia. El padre de Gaborn había confiado en él incondicionalmente y a menudo

lo había enviado a campañas para seguir la pista a delincuentes o para dar una lección de humildad a lores altaneros. Gracias a su éxito, algunos lo llamaban «el Cazador», otros «el Sabueso» y era un hombre temido en Rofehavan. Si alguien podía estar a la altura de la inteligencia de Raj Ahten, ese era Paldane. Sin duda, Raj Ahten no podía marchar hacia el norte con su ejército y exponerse a los tumularios del bosque de Dunn.

Sin embargo, se acercaba el peligro, Gaborn estaba seguro de ello. Con cuidado, colocó los pies en el barro seco del camino y se movió tan sigilosamente como un espectro.

Cuando alcanzó la curva de la carretera, las liebres ya se habían ido. En la maleza al borde del camino oyó unos crujidos, pero eran solamente ratones moviéndose, correteando bajo la hojarasca.

Se detuvo un segundo preguntándose que habría pasado. *Ah, tierra*, dijo para sí mismo, dirigiéndose al Elemento al cual servía, *¿no podrías al menos enviarme a un venado del bosque?*

No hubo voz alguna, nunca la había.

Segundos más tarde, Binnesman y Días se acercaron al trote por el camino. El cronista llevaba las riendas de la yegua parda de Gaborn.

—Parece ser que las liebres están algo nerviosas hoy —dijo Binnesman maliciosamente, como complacido.

La luz matinal resaltaba las arrugas de la cara del mago y acentuaba el tono rojizo de su toga. Una semana antes Binnesman había dado parte de su vida para invocar a un wylde, una criatura que poseía los poderes de terrestres. Antes de ello, el cabello de Binnesman era castaño y sus vestiduras verdes como las hojas en verano. Pero ya habían cambiado de color y a Gaborn se le antojaba que el hombre había envejecido décadas en los últimos días. Peor todavía, el wylde, a quien intentó llamar, había desaparecido.

—Sí, las liebres parecen nerviosas —respondió Gaborn con recelo.

Como guardián de la tierra, el cometido de Binnesman era servir a la tierra y afirmaba que se preocupaba tanto de los ratones y las serpientes como de los humanos. Gaborn se preguntó si el hechicero habría advertido a las liebres mediante algún encantamiento o algo más sencillo, como un gesto de la mano.

—Algo más que agitadas, diría yo.

Gaborn se subió a la silla, pero mantuvo el arco encordado y la flecha encocada. Estaban cerca de la ciudad, pero pensó que igual aún vería algún venado al borde del camino, algún enorme y anciano abuelo con unas astas tan largas como su brazo, que había descendido de las montañas para comer una manzana dulce del huerto de algún campesino antes de morir.

Gaborn miró a Binnesman, quien todavía sonreía de forma reservada, aunque Gaborn no sabía distinguir bien si se trataba de una sonrisa burlona o consternada.

—¿Te complace que no haya cazado las liebres? —se aventuró a decir Gaborn.

—No os habrían gustado, *milord* —dijo Binnesman—. Mi padre era posadero y solía decir que un hombre de tripas veleidosas nunca queda satisfecho.

—Y eso, ¿qué significa? —preguntó Gaborn.

—Elegid vuestra presa, *milord* —respondió Binnesman—. Si andáis cazando reaver, no tiene sentido perseguir a las liebres. No permitiríais que lo hicieran vuestros perros, ni vos deberíais hacerlo.

—Ah —dijo Gaborn, preguntándose si el mago indicaba algo más de lo que decía.

—Además, los reaver han demostrado ser adversarios más fuertes de lo que ninguno esperábamos.

Decepcionado, Gaborn reconoció que Binnesman tenía razón. Pese a la mezcla de poderes de Gaborn y Binnesman, cuarenta y un caballeros habían muerto luchando contra los reaver. Aparte de Gaborn, Binnesman y sir Borenson, solamente otros nueve habían salido de las ruinas con vida. Había sido una refriega temible. Los otros nueve acompañaban a Borenson arrastrando la cabeza del reaver hechicero rumbo a la ciudad, puesto que habían preferido permanecer junto a su trofeo.

Gaborn cambió de tema:

—No sabía que los hechiceros teníais padres —dijo burlón—. Cuéntame algo más sobre el tuyo.

—Fue hace mucho tiempo —replicó Binnesman—. No me acuerdo bien de él. De hecho, creo que os he contado todo lo que recuerdo.

—Seguro que recuerdas algo más —lo reprendió Gaborn—. Cuanto más te conozco, más sé que no debo creerme nada de lo que dices.

No sabía cuántos cientos de años había vivido Binnesman, pero sospechaba que tendría alguna que otra anécdota que contar.

—Tenéis razón, *milord* —dijo Binnesman—. Carezco de padre. Como todos los guardianes de la tierra, nací de ella misma. Una criatura que alguien esculpió con lodo hasta que me convertí en un ser de carne y hueso por voluntad propia.

Binnesman enarcó una ceja con aire misterioso.

Gaborn le lanzó una mirada y, durante un instante, tuvo la acuciante sospecha de que Binnesman hablaba más sinceramente en esta ocasión.

Al esfumarse el momento, Gaborn se rió.

—¡Eres un mentiroso! ¡Estoy convencido que inventaste el arte de mentir!

Binnesman se rió a su vez.

—No, es una destreza sutil, pero no la inventé. Simplemente intento perfeccionarla.

Justo entonces, por el sur, apareció en la carretera, estrepitosamente y a galope tendido, un caballo de fuerza. Era un corcel veloz, con tres o cuatro dones de metabolismo, un caballo de batalla blanco que resplandecía bajo el sol conforme se desplazaba entre las sombras y los árboles. El jinete vestía los colores de Mystarria, la imagen de un hombre verde sobre un campo azul.

Gaborn tiró de las riendas de su montura y esperó. Después de haber presentido el peligro, temía las noticias del correo.

El mensajero se aproximaba rápido, sin aminorar la marcha de su cabalgadura, hasta que Gaborn levantó la mano y lo llamó. Solo entonces el jinete reconoció a Gaborn, pues el rey vestía una simple toga gris de viaje que se había manchado en el trayecto.

—¡Alteza! —exclamó el correo.

De la bolsa de cuero atada a la cintura, extrajo un pequeño pergamino enrollado e hizo entrega del mismo; el sello rojo de cera llevaba marcado el anillo de Paldane.

Gaborn desenrolló el pergamino. Mientras leía, se le cayó el alma a los pies y se le aceleró la respiración.

—Raj Ahten se ha desplazado al sur de Mystarria —le dijo a Binnesman—. Ha destruido las fortalezas en Gorlane, Aravelle y Tal Rimmon. Esto fue al alba, hace un par de días. Paldane dice que sus hombres y algunos caballeros equitativos hicieron a Raj Ahten pagarlo caro. Los arqueros tendieron una emboscada a las tropas de Raj Ahten. Uno puede caminar de la aldea de Boarshead al monte de Gower sobre las espaldas de los muertos.

Gaborn no se atrevía a referir el resto de tan horribles noticias. Las notas de Paldane eran extremadamente detalladas y exactas, pormenorizaban el tipo y la cifra exacta de bajas enemigas: 36.909 hombres, la gran mayoría soldados ordinarios de Fleeds. Además, también había anotado el tipo y la cifra exacta de flechas utilizadas (702.000); los defensores muertos (1.274); los heridos (4.951) y los caballos muertos (3.207) frente a la cantidad de armaduras, oro y caballos capturados. Proseguía dando parte de los movimientos exactos de las tropas enemigas junto a la disposición de sus propios hombres. Los refuerzos de Raj Ahten comenzaban a reunirse en Carris desde los castillos de Crayden, Fells y Tal Dur. Paldane estaba reforzando Carris, convencido de que Raj Ahten intentaría tomar la gran fortaleza y no destruirla despreocupadamente.

Gaborn leyó las nuevas y agitó desalentado la cabeza. Raj Ahten había optado por el salvajismo. Paldane le había pagado en especie. La noticia repugnaba a Gaborn.

Las últimas palabras de Paldane eran: «Es evidente que el señor de los lobos de Indhopal espera atraeros al conflicto. Ha arrasado la frontera septentrional para que no vengáis al sur, con la esperanza de traer nuevas tropas que puedan ayudarle. Os ruego que permanezcáis en Heredon. Dejad que el Cazador acorrale a este perro».

Gaborn enrolló el pergamino y se lo metió en el bolsillo de la toga.

*Esto es enloquecedor, pensó Gaborn. Hallarme aquí sentado, a casi mil kilómetros de distancia, y recibir noticias de la muerte de mi gente días después de los acontecimientos.*

No podía detener a Raj Ahten. Pero podía recibir noticias con más antelación...

Miró al mensajero, un joven muchacho con pelo castaño rizado y ojos azul claro. Gaborn lo había visto en la corte en numerosas ocasiones. Fijó la mirada en los ojos del joven y utilizó el poder de la vista terrestre para penetrar más allá de sus ojos, en su corazón. El correo era una persona orgullosa, orgullosa de su posición y de su destreza como jinete. Era atrevido, incluso deseaba arriesgar la vida al servicio de su señor. Una docena de jóvenes en posadas repartidas por Mystarria creían amarlo, puesto que daba buenas propinas y besaba aún mejor. No obstante, el chico se debatía entre el amor de dos mujeres que poseían personalidades opuestas.

Gaborn no se formó una buena opinión del joven, aunque no tenía motivo alguno para no elegirlo. Necesitaba vasallos como él, mensajeros de confianza. Gaborn alzó la mano izquierda, miró al muchacho fijamente a los ojos y susurró:

—Te nombro elegido de la tierra. Ya puedes descansar, pero hoy debes regresar a Carris. Tengo un mensajero elegido allí en este momento. Si presiento peligro para ambos, sabré que Raj Ahten planea atacar la ciudad. Si alguna vez oyes mi voz en tu fuero interno advirtiéndote, obedéceme.

—No me atrevo a descansar, alteza —dijo el mensajero—, mientras Carris corra peligro.

Ante la satisfacción de Gaborn, el joven dio media vuelta a su montura en dirección sur y, en pocos segundos, había desaparecido, tan solo una nube de polvo que se sostenía encima del camino mostraba el paso del emisario por Heredon.

Apesadumbrado, Gaborn reflexionó sobre lo que debía hacer; tendría que avisar a sus lores en Heredon de la perturbadora noticia.

Mientras cabalgaban al alba, Gaborn sintió la repentina necesidad de escapar. Clavó los talones en la carne del caballo y su cazador ruano salió al galope entre los árboles ensombrecidos del camino, con la montura de Binnesman a su lado, que le seguía el ritmo cómodamente, y Días sobre la mula blanca, siguiéndolos con dificultad, rezagado. Por fin alcanzaron una curva ancha en una cresta que les brindaba una vista despejada del castillo de Sylvarresta.

Gaborn detuvo su corcel. El mago y él pararon y contemplaron boquiabiertos el panorama.

El castillo se asentaba en una pequeña colina en uno de los meollos del río Wye, los altos muros y torres se alzaban como cumbres. Alrededor de la colina, se achaparraba una ciudad amurallada. Fuera de las murallas de la ciudad, campiña común con campos vacíos, algunos pajares, huertos y casas de campesinos y graneros.

Pero durante aquella última semana, al extenderse la noticia del alzamiento de un rey de la tierra, nobles y campesinos de todo Heredon (e incluso de otros reinos), habían comenzado a reunirse. Gaborn tuvo una premonición sobre lo que se avecinaba. El terreno ante el castillo de Sylvarresta había quedado calcinado por Raj Ahten; aun así, se habían aglomerado tantos campesinos que la zona en torno a la gran ciudad amurallada de Sylvarresta estaba llena de pabellones. No todas las tiendas de campaña pertenecían a campesinos, muchas eran de nobles y caballeros de Heredon; ejércitos que se habían puesto en marcha al recibir noticias de la invasión, pero que habían llegado demasiado tarde para brindar su ayuda. Las banderas de Orwynne y Crowthen del Norte y Fleeds y algunos príncipes mercaderes de Lysle se mezclaban con la muchedumbre y, apartados en otra ladera, acampaban miles de mercaderes indhopaleses quienes, después de haberse visto expulsados por el rey Sylvarresta, se apresuraron en volver a fin de ver este nuevo portento, al rey de la tierra. Los campos en torno al castillo de Sylvarresta se percibían oscuros, pero no por la hierba quemada, sino oscurecidos por la masa de cuerpos de cientos de miles de hombres y animales.

—Por los Elementos —soltó Gaborn—. Se han cuadruplicado en número en los últimos tres días. Me llevará la mayor parte de una semana jurarlos a todos como elegidos.

Gaborn podía oír música en la distancia que fluía por encima del humo de las fogatas. El crac de una lanza de justas resonó por la campiña, seguido inmediatamente de vítores. Binnesman, sentado sobre su cabalgadura, contemplaba el panorama y, justo entonces, el historiador les dio alcance. Las tres bestias jadeaban después de la corta carrera.

Algo llamó la atención de Gaborn. En el cielo una bandada de estorninos sobrevolaba el valle, varios miles de pájaros, como si fueran una nube animada. Zigzagueaban hacia un lado, luego hacia otro, descendían en picado y luego se elevaban; como si estuvieran perdidos y buscasen dónde posarse, pero sin hallar un lugar seguro. Los estorninos a menudo volaban así en otoño, pero aquellos pájaros parecían especialmente asustados.

Gaborn oyó el graznar de los gansos. Recorrió con la mirada el río Wye, que serpenteaba por los verdes campos como un hilo de plata. A cien metros por encima del río y a kilómetros de distancia, los gansos volaban formando una uve, siguiendo el curso del río. Aunque sus voces sonaban forzadas, quebradas.

A su lado, Binnesman, sentado sobre el caballo, se irguió y se volvió hacia Gaborn.

—¿Lo oís también, no es cierto? Lo sentís en los huesos.

—¿El qué? —preguntó Gaborn.

El cronista carraspeó como si quisiera preguntar algo, pero no dijo nada. El historiador apenas hablaba. Interferir en los asuntos de los humanos estaba prohibido por los señores del tiempo, aquellos a quienes Días servía. No obstante, era obvio que sentía curiosidad.

—La tierra. La tierra nos habla —dijo Binnesman—, nos habla a vos y a mí.

—¿Y qué dice?

—Aún no lo sé —respondió Binnesman sinceramente.

El hechicero se rascó la barba y luego frunció el entrecejo.

—Pero sé que normalmente esta es la forma en que se comunica conmigo: mediante la agitación nerviosa de los conejos y ratones, mediante la nube de pájaros que cambia de dirección, mediante el graznido de los gansos. Ahora susurra al rey de la tierra también. Crecéis, Gaborn, vuestros poderes crecen.

Gaborn examinó a Binnesman. La tez del mago tenía un extraño matiz rubicundo que casi estaba a tono con la holgada toga de este. Oía a las hierbas que guardaba en sus descomunales bolsillos: flores de tilo y menta, borraja y violetas de hechicero, albahaca y otras cien especias. Aparentaba poco más que un anciano alegre, salvo por las arrugas de sabiduría de la cara.

—Estudiaré el tema. Esta noche sabremos algo más —aseguró Binnesman a Gaborn.

Pero Gaborn no podía apartar su preocupación. Sospechaba que tendría que convocar un consejo de guerra, aunque no se atrevía a hacerlo hasta que supiera qué tipo de amenaza presentía su tierra y contra la que le advertía.

Allí, al pie de la colina, Gaborn divisó lo que le parecía una mujer vieja sentada al borde de la carretera con una manta que le cubría la cabeza.

Cuando los caballos se acercaron, pateando el camino, la anciana alzó la vista, y Gaborn comprobó que no era vieja en absoluto sino una joven dama, una muchacha a quien reconocía.

Una semana atrás, Gaborn había conducido a un «ejército» desde el castillo de Groverman a Longmot; un ejército compuesto por doscientas mil cabezas de ganado de la mano de hombres, mujeres y niños campesinos y unos cuantos soldados entrados en años. El polvo que hubo levantado el rebaño al cruzar las llanuras fue ardid suficiente para alejar al señor de los lobos, Raj Ahten, cuando atacaba Longmot.

Si Raj Ahten hubiese descubierto la trampa de Gaborn, estaba seguro de que el señor de los lobos habría degollado a cada mujer y niño de su cortejo como pura represalia. La muchacha al pie de la colina era una de las que habían formado parte de aquel ejército. Gaborn la recordaba bien, había cargado con un pesado estandarte en una mano y un bebé en la otra.

Había actuado de manera valiente y altruista. Gaborn estaba agradecido por la ayuda de gente como ella. Aun así, Gaborn estaba asombrado de verla, una simple campesina,

que seguramente no tenía acceso a un caballo, allí en el castillo de Sylvarresta, a más de doscientos kilómetros al norte de Longmot, una semana después de la batalla.

—Oh, alteza —dijo la muchacha, bajando la cabeza en una reverencia.

Gaborn cayó en la cuenta de que había estado esperando al borde de la carretera a que regresara de la cacería. Él había estado ausente del castillo de Sylvarresta tres días y se preguntaba cuánto tiempo llevaba allí la joven.

Ella se puso en pie y Gaborn vio que la suciedad del camino le manchaba los pies. Evidentemente, había caminado desde Longmot. Con la mano derecha acunaba a su bebé y, al levantarse, metió la mano bajo el mantón, extrajo el pezón de la boca del bebé y se tapó debidamente.

Después de ayudar en combate, muchos nobles se habían presentado en busca de favores. Raras veces Gaborn había visto a un campesino hacerlo; sin embargo, esta muchacha quería algo de él, lo quería desesperadamente.

Binnesman sonrió y dijo:

—¿Molly? ¿Molly Drinkham? ¿Eres tú?

La joven sonrió tímidamente mientras que el mago desmontaba y se acercaba a ella.

—Sí, soy yo.

—Entonces veamos a tu hijo.

Binnesman tomó al niño de los brazos de Molly y lo alzó. El bebé, una cosita de pelo oscuro que no tendría más de dos meses, se había metido el puño en la boca y lo chupaba enérgicamente con los ojos cerrados. El mago sonrió plácidamente.

—¿Es niño? —preguntó.

Molly asintió con la cabeza.

—Ah, es un calco de su padre —cacareó Binnesman—. Una cosita muy valiosa. Verrin habría estado orgulloso. Pero ¿qué haces aquí?

—He venido a ver al rey de la tierra —dijo Molly.

—Bien, pues aquí está —dijo Binnesman.

Se volvió hacia Gaborn y le presentó a Molly:

—Alteza, Molly Drinkham, quien en otros tiempos vivía en el castillo de Sylvarresta.

Repentinamente, Molly se quedó paralizada, el rostro pálido de terror, como si no soportara la idea de hablar con un rey. *O igual solamente teme hablar conmigo, el rey de la tierra*, pensó Gaborn.

—Disculpame, señor —dijo Molly demasiado chillona—, espero no molestaros. Sé que es temprano. Seguramente no os acordáis de mí...

Gaborn descendió del caballo para no estar sentado mucho más alto que ella e intentó tranquilizarla.

—No me molestas —dijo en voz baja—. Has recorrido una gran distancia a pie desde Longmot. Recuerdo la ayuda que me prestaste. Alguna necesidad acuciante te ha traído hasta aquí, estoy ansioso de escuchar tu petición.

Ella asintió tímidamente.

—Es que, se me había ocurrido...

—Adelante —dijo Gaborn, echándole un vistazo a Días.

—No siempre fui una fregona para el duque Groverman —dijo—. Mi padre limpiaba las caballerizas para los hombres del rey Sylvarresta y yo vivía en el castillo. Pero hice algo que me trajo la deshonra y mi padre me envió al sur.

Bajó la mirada hacia su hijo, un bastardo.

—La semana pasada caminé junto a vos —continuó—, y sabed esto: si sois el rey de la tierra, entonces debéis de poseer todos los poderes de Erden Geboren. Eso es lo que os convierte en rey de la tierra.

—¿Dónde has oído eso? —preguntó Gaborn, su tono de voz traicionaba su preocupación.

De repente temió que ella le fuera a pedir algo imposible. Las hazañas de Erden Geboren eran tema de leyenda.

—El mismo Binnesman —dijo Molly—. Solía ayudarlo a secar hierbas y me contaba historias. Y si sois el rey de la tierra, entonces vienen malos tiempos, y la tierra os ha dado el poder de nombrar elegidos, de escoger a caballeros que lucharán junto a vos y de elegir a aquellos que vivirán bajo vuestra protección y quiénes no. Erden Geboren sabía cuando su gente se encontraba en peligro, y advertía a los suyos en su fuero interno y en su pensamiento. Seguramente vos podéis hacer lo mismo.

Gaborn ya sabía lo que quería, quería vivir, quería que él la nombrara elegida. La miró un rato, observó algo más que su cara redonda y su grata figura bajo la ropa sucia; observó algo más que su cabello largo y oscuro y las arrugas de preocupación alrededor de los ojos azules. Utilizó el poder de la vista terrestre para adentrarse en las profundidades de su ser.

Encontró el afecto de ella por el castillo de Sylvarresta y la inocencia allí perdida, y el amor por un hombre llamado Verrin, un encargado de las caballerizas que había muerto tras recibir una coz. Vio su consternación al encontrarse en el castillo de Groverman trabajando de sirvienta. No le pedía mucho a la vida, quería volver a casa y mostrarle el bebé a su madre, regresar al lugar donde se había sentido a gusto y amada. Gaborn no discernía engaño alguno en ella, ni crueldad. Más que nada, Molly estaba orgullosa de su hijo bastardo y lo quería locamente.

El poder de la vista terrestre no le mostraba todo a Gaborn. Este sospechaba que si escudriñaba el corazón de Molly durante horas, llegaría a conocerla mejor de lo que ella se conocía a sí misma. Pero no había mucho tiempo y en pocos segundos había visto bastante.

Transcurrido un instante, Gaborn se relajó, levantó la mano izquierda y dijo:

—Molly Drinkham —pronunció en voz baja, como si formulara un encantamiento—, te nombro elegida. Yo opto por protegerte en los aciagos tiempos que se avecinan. Si alguna vez oyes mi voz en tu fuero interno, presta atención. Vendré a por ti o te conduciré a un lugar seguro de la mejor manera que pueda.

Ya estaba hecho. Gaborn sintió el efecto del hechizo de inmediato, percibió el vínculo, ese tirón ya familiar en el estómago que le permitía sentir la presencia de la otra, que le advertiría cuando ella corriera peligro.

Molly abrió mucho los ojos como si también lo notara y, entonces, se ruborizó e hincó una rodilla en el suelo.

—No, alteza, me habéis malentendido —dijo.

Alzó al bebé en sus brazos. El puño del niño se le escapó de la boca, aunque este parecía medio dormido y no le importó.

—Quiero que lo nombréis elegido a él, que un día lo convirtáis en uno de vuestros caballeros.

Gaborn miró al niño fijamente y comenzó a temblar, turbado ante tal ruego.



Evidentemente, la joven había sido criada con los relatos de las grandes hazañas de Erden Geboren y, por ello, esperaba mucho de un rey de la tierra. No obstante, no comprendía las limitaciones de Gaborn.

—No lo entiendes —intentó explicarle con delicadeza—. No es así de sencillo. Cuando nombro a un elegido, mis enemigos lo saben. No me enfrento a hombres o a reaver, sino a los Elementos invisibles que los mueven. Al elegirte te pongo en grave peligro y, aunque pueda enviar caballeros en tu ayuda, lo más probable será que tengas que ayudarte a ti misma. Mis recursos son muy limitados, nuestros enemigos demasiados. Tienes que poder defenderte sola, ayudarme a ponerte a salvo. Yo no podría hacerle eso a un niño. No podría ponerlo en peligro. ¡No puede defenderse solo!

—Pero necesita quien lo proteja —dijo Molly—. No tiene padre.

Espero a que Gaborn contestara durante unos segundos y luego le suplicó:

—¡Por favor! ¡Por favor, nombradlo elegido, por mí!

Gaborn escrutó el rostro de Molly, y sus mejillas ardieron de vergüenza. Miró de lado a lado, paseando la mirada de Binnesman a Días, como un ferrin atrapado en un rincón oscuro de la cocina con la esperanza de escapar.

—Molly, pides que el niño pueda crecer y convertirse en un soldado a mi servicio —tartamudeó Gaborn—; pero, ¡no creo que tengamos tanto tiempo! Se avecinan tiempos muy malos, los peores que ha visto este mundo. En unos meses quizás, o igual en un año, se nos echarán encima con la firme intención de matarnos. Tu hijo no podría luchar en combate.

—Entonces, nombradlo de todos modos —dijo Molly—. Al menos sabréis cuando corre peligro.

Gaborn la miraba de hito en hito, totalmente horrorizado. Hacía una semana había perdido a varias personas entre sus elegidos en la batalla de Longmot: a su padre, al padre de Chemoise, al rey Sylvarresta. Al morir estos, Gaborn se sintió totalmente desolado. No había intentado explicarse la sensación ni explicársela a nadie, pero era como... si todos tuvieran raíces y las hubieran arrancado de su cuerpo, dejando abiertos unos agujeros oscuros que no podrían cerrarse. Perderlos era como perder extremidades que no podían reemplazarse y la idea de que la muerte de aquellos era señal de un fracaso personal lo avergonzaba. Acarreaba su culpabilidad como si fuera un padre que, por abandono, había dejado que sus hijos se ahogaran en un pozo.

Gaborn se mojó los labios con la lengua.

—No soy tan fuerte. No sabes lo que me pides.

—No tiene quien lo proteja —dijo Molly—. Sin padre, sin amigos. Nada más que yo. Veis, ¡es solamente un bebé!

Destapó al niño que dormía, lo levantó y se acercó más. El bebé estaba delgado, aunque dormía profundamente y no parecía tener hambre. Su aliento olía al dulce aroma de los recién nacidos.

—Ya basta —la instó Binnesman—. Si su majestad dice que no puede nombrar al niño elegido, entonces no puede.

Binnesman la cogió del codo con delicadeza, como si la dirigiera hacia la ciudad.

Molly se revolvió hacia Binnesman y gritó ferozmente:

—Entonces, ¿qué queréis que haga? ¿Qué estampe la cabeza del pequeño bastardo contra una piedra del camino y me deshaga de él? ¿Es eso lo que queréis?

Gaborn se sentía consternado, a la deriva. Miró a su cronista temiendo lo que podría quedar escrito sobre su decisión. Con la mirada, buscó la ayuda de Binnesman.

—¿Qué puedo hacer?

Ceñudo, el guardián de la tierra examinó al bebé y, con el más abierto movimiento, negó con la cabeza.

—Me temo que tenéis razón. Elegir al niño no sería sensato, ni bondadoso.

Molly se quedó boquiabierta, conmocionada, y retrocedió como si acabara de reconocer que Binnesman, un viejo amigo, se había convertido en enemigo.

Binnesman intentó explicarse:

—Molly, la tierra ha encomendado a Gaborn que reúna la simiente de la humanidad, que proteja a los que pueda durante los tiempos aciagos que se avecinan. Y aun así todo lo que haga puede no resultar suficiente. Otras razas han desaparecido de la faz de la tierra: los toth, los duskin. La humanidad podría ser la siguiente.

Binnesman no exageraba. Cuando la tierra se hubo manifestado en el jardín del mago, le dijo eso mismo. En todo caso, Binnesman estaba siendo demasiado amable con Molly al no contarle la verdad.

—La tierra ha prometido proteger a Gaborn y él, a su vez, ha jurado protegerte lo mejor posible, aunque considero que lo mejor es que seas tú quien proteja a tu hijo.

Así es como Gaborn pensaba salvar a los suyos, nombrando a lores y guerreros como elegidos, a fin de que ellos protegieran a los que estaban a su cargo. Antes de la cacería, había nombrado a más de cien mil personas en Heredon, seleccionado a tantos como pudo: ancianos y jóvenes, nobles y campesinos. Si se concentraba en ellos, podía localizarlos, alcanzarlos mentalmente; podía encontrarlos si tenía que hacerlo, y sabía si se encontraban en peligro. ¡Pero había tantos! Así, había comenzado nombrando a caballeros y lores para proteger ciertos enclaves. Le costaba elegir con sensatez y no se atrevía a rechazar a los débiles, a los sordos, a los ciegos, a los jóvenes o a los retrasados mentales. No se atrevía a darles menos importancia que a cualquier otro hombre, ya que no los convertiría en sacrificios humanos de su presunción. Al colocar a un noble o incluso a un padre o una madre a cargo de los suyos, aliviaba algo de la presión que sentía. Y hasta cierto punto eso es lo que había hecho, utilizar sus poderes para instruir a sus nobles, pidiéndoles que prepararan las defensas y las armas, que se prepararan para la guerra.

Molly palideció ante la idea de tener que hacerse cargo de su bebé, parecía tan conmocionada que Gaborn temió que se desmayara. Molly sospechaba, con toda razón, que no podría protegerlo adecuadamente.

—Y yo también ayudaré a proteger a tu hijo —ofreció Binnesman como consuelo.

Masculló algunas palabras en voz baja, se mojó el dedo con la lengua y se arrodilló al borde de camino para revolver el dedo en el barro. Se levantó y con los dedos enlodados comenzó laboriosamente a dibujar una runa de protección en la frente del niño.

No obstante, era evidente que Molly creía que la ayuda del mago no sería suficiente. Las lágrimas le recorrían el rostro y, todavía de pie, se puso a temblar por la conmoción.

—Si fuese vuestro hijo —suplicó Molly a Gaborn—, ¿lo nombraríais elegido entonces?, ¿lo haríais?

Gaborn sabía que lo haría. Molly debió de leer la respuesta en el rostro de este.

—Os lo doy entonces —ofreció Molly—. Un regalo de bodas, si lo aceptáis. Os lo entrego para que lo criéis como hijo vuestro.

Gaborn cerró los ojos. La desesperación en el tono de voz de Molly lo hería como un hacha. Cómo podía elegir a este niño, ¿no sería algo cruel? *Esto es una locura*, pensó. *Si lo nombro elegido, ¿cuántas otras miles de madres más pedirán lo mismo?, ¿diez mil?, ¿cien mil? Y, por otro lado, ¿si no lo hago y Molly tiene razón? ¿Qué pasará si por no hacer nada lo condeno a morir?*

—¿Tiene nombre el niño? —preguntó Gaborn, ya que en algunas tierras los hijos ilegítimos no recibían nombre alguno.

—Se llama Verrin —dijo Molly—, como su padre.

Gaborn contempló al bebé, penetró con sus ojos más allá de la dulce cara y la suave piel, en lo hondo de su pequeña mente. No había mucho que ver, una vida aún por vivir, unos cuantos anhelos imprecisos. El niño se sentía aliviado y agradecido por el pezón de su madre y por el calor de su cuerpo y la manera en que ella le cantaba cariñosamente para dormirlo. Pero Verrin no entendía a su madre como persona, no la quería como ella lo quería a él.

Gaborn contuvo un sollozo.

—Verrin Drinkham —dijo en voz baja, levantando la mano izquierda—, te nombro elegido, elegido de la tierra. Que la tierra te cure, que la tierra te oculte, que la tierra te haga suyo.

Gaborn notó los efectos de la fuerza vinculante.

—Gracias, alteza —dijo Molly.

Los ojos de la joven brillaban humedecidos por las lágrimas. Se giró y se puso en marcha en dirección hacia el castillo de Groverman, dispuesta a caminar los doscientos kilómetros hacia casa.

Al hacerlo, empero, Gaborn percibió una fuerte sensación de terror. La tierra le advertía que Molly se encontraba en peligro. Si regresaba al sur, moriría.

Si iba a asaltarla algún malhechor por el camino o a enfermar debido al viaje o a enfrentarse a otro sino más atroz, no lo sabía. Aunque no podía adivinar qué forma adoptaría el peligro, su premonición era tan fuerte como la del día en que murió su padre.

*Molly, pensó Gaborn, por ahí te espera la muerte. Vuélvete y ve al castillo de Sylvarresta.*

Molly se detuvo a media zancada, dirigió sus grandes ojos azules hacia él, con mirada inquisitiva. Dudó medio segundo y luego se giró y echó a correr camino arriba hacia el norte, en dirección al castillo de Sylvarresta como si un reaver le pisara los talones.

Los ojos de Gaborn se llenaron de lágrimas de agradecimiento ante la escena.

—Buena chica —susurró.

Había temido que no hubiera oído la advertencia o que tardara en hacerle caso.

El cronista de Gaborn, sentado sobre la mula blanca, miró a Gaborn y luego a la joven.

—¿La habéis hecho volverse ahora mismo?

—Sí.

—¿Presentís peligro en el sur?

—Sí —respondió Gaborn nuevamente, sin querer expresar cierto miedo que lo acechaba sigilosamente—. Al menos, peligro para ella.

Girándose hacia Binnesman, Gaborn dijo:

—No sé si voy a poder continuar así. No esperaba que esto resultara tan duro.

—A un rey de la tierra no se le pide que acarree cargas livianas —dijo Binnesman—. Se dice que tras la batalla de Caer Fael no se encontraron heridas en el cuerpo de Erden Geboren. Algunos piensan que murió de congoja.

—Tus palabras me consuelan —dijo Gaborn con ironía—. Quiero salvar a ese niño, pero al elegirlo, no sé si he hecho bien o mal.

—O quizás nada de lo que hacemos importa —dijo Binnesman, como si se resignara a la idea de que incluso los mejores esfuerzos no salvarían a la humanidad.

—No, debo creer que importa —se opuso Gaborn—. Debo creer que la lucha merece la pena. Si no, ¿cómo podré salvarlos a todos?

—¿A toda la humanidad? —preguntó Binnesman—. Imposible.

—Entonces debo encontrar la forma de salvar a la mayoría.

Gaborn se volvió para mirar a Días, el cronista que lo había seguido desde su infancia.

El hombre vestía una sencilla toga marrón de erudito y su rostro esquelético lo escrutaba sin parpadear. Aunque, cuando Gaborn clavó en él los ojos, este apartó la vista con aire de culpabilidad.

Esa sensación premonitoria que sentía Gaborn lo desconcertaba, y estaba convencido que Días podía advertirle del origen de tal peligro, si quisiera.

Sin embargo, hacía mucho que el cronista había abandonado su nombre y su propia identidad en interés del servicio a los señores del tiempo. No podía decir nada.

Pero, aunque se suponía que la devoción del historiador a los señores del tiempo no le dejaba mucho margen para inmiscuirse en los asuntos del hombre, Gaborn había oído anécdotas de cronistas que habían renunciado a sus votos.

Gaborn sabía que, muy lejos, en un monasterio del norte, en las islas más allá de Orwynne, vivía otro cronista (uno que había cedido al historiador de Gaborn un don de inteligencia y que, a su vez, había recibido del cronista de Gaborn el mismo don). Así, ambos compartían una sola mente, una hazaña raras veces repetida fuera del monasterio ya que podía provocar la demencia.

El cronista de Gaborn se llamaba «testigo» y los señores del tiempo le habían encomendado la tarea de observar a Gaborn y escuchar sus palabras. Su compañero, el amanuense, hacía de escribano y anotaba las proezas de Gaborn hasta la muerte de este, cuando se publicarían las crónicas de la vida de Gaborn.

Y, como todos los escribanos, vivían en un lugar común, compartían información. De hecho, conocían todo lo que sucedía entre los señores de las runas.

Por tanto, Gaborn presentía que los cronistas sabían demasiado y raramente compartían su sabiduría.

Binnesman se fijó en la mirada acusadora que Gaborn le lanzaba a Días y en voz alta se planteó lo siguiente: «Si tuviera que elegir las semillas para el jardín del año próximo, no sé si intentaría conservar casi todas o solamente las mejores».

## Extraños compañeros de cama

La aldea de Hay, en las tierras centrales de Mystarria, era un desecho urbano en medio de un paisaje mediocre, pero contaba con una posada y la posada era lo único que Roland quería.

Entró a caballo en Hay pasada la medianoche sin que ni siquiera uno de los perros del lugar se despertara. En la distancia, hacia el suroeste, el cielo era del color del fuego. Varias horas antes, Roland se había encontrado con uno de los oteadores del rey, un hombre con seis dones de vista, quien le informó que un volcán había entrado en erupción, aunque Roland se encontrara demasiado lejos para oír la explosión. Pero el resplandor del fuego se había evidenciado a través de una columna de humo y cenizas. Aquella pira alejada se unió a la luz de las estrellas, produciendo así una claridad sobrenatural.

La aldea la constituían cinco casitas de piedra con tejados de paja. El posadero criaba puercos a los que les gustaba hozar en la puerta. Cuando Roland desmontó, un par de ellos se despertaron y lanzando un gruñido, se levantaron tambaleándose y olfateando el aire a la vez que parpadeaban. Roland aporreó la puerta de roble y se fijó en la imagen de Hostenfest clavada en ella: una imagen de madera del rey de la tierra hecha jirones, con una toga verde de viaje y una corona de hojas de roble. Alguien había sustituido el báculo del rey de la tierra por una ramita de tomillo de flores violetas.

El grueso posadero que recibió a Roland llevaba un delantal tan sucio que casi no se diferenciaba de sus cerdos. Por lo que, en silencio, Roland juró que se alejaría de allí sin probar desayuno alguno; aunque, en aquel momento necesitaba dormir y pagó por una habitación.

Como las habitaciones estaban todas ocupadas por viajeros que huían del norte, se vio obligado a compartir cama con un tipo enorme que olía a grasa y a demasiadas cervezas.

Pero afortunadamente la habitación estaba seca, mientras que el suelo a la intemperie no lo estaba. Así que Roland se metió en la cama con el otro, lo puso de lado para que dejara de roncar e intentó dormir.

El plan se estropeó. Pasados dos minutos, el corpulento hombre se dio la vuelta de nuevo y comenzó a roncar muy alto en el oído de Roland. Aunque aún estaba dormido, envolvió a Roland con una pierna y comenzó a manosear su pecho. El hombre le agarraba tan fuerte que aquello solamente podía indicar que había adquirido dones de fuerza física.

Roland susurró amenazador:

—Estése quieto o por la mañana habrá una mano cortada en la cama.

El hombretón, cuya barba era tan espesa que incluso las ardillas podrían haberse escondido en ella, entreabrió los ojos en la tenue luz de la hoguera que penetraba a través de la ventana de pergamino.

—Oh, lo siento —se disculpó el grandullón—. Se me antojaba que era usted mi mujer.

Se dio la vuelta y enseguida comenzó a roncar.

Al menos eso era un consuelo. Roland había oído historias sobre hombres víctimas de sodomía en tales circunstancias.

Roland se puso de lado, dejó que la espalda del fulano le calentara el trasero, e intentó dormirse. Una hora más tarde, empero, tenía al hombracho de nuevo encima, agarrándole el pecho a Roland. Roland le propinó un buen codazo en los pectorales.

—¡Maldita seas, mujer! —gruñó el tipo en sueños, volviéndose de nuevo, enfurruñado—. No eres más que huesos.

Roland se prometió a sí mismo que a la noche siguiente dormiría con las piedras del campo.

Apenas ese pensamiento se le hubo pasado por la mente, se despertó de un sueño profundo. Otra vez estaba rodeado por los brazos del hombre, brazos grandes como troncos. Su compañero de lecho le había besado la frente. Una suave luz matinal entraba por la ventana. Con los ojos cerrados, el otro parecía profundamente dormido y respiraba hondo.

—Disculpe —dijo Roland, mientras asía la barba del hombre y tiraba de ella de un lado a otro.

Empujó la cabeza del hombre hacia atrás.

—Admiro a un hombre que puede demostrar su afecto, pero le ruego que se abstenga de mostrármelo a mí.

El hombre abrió los ojos rojos y miró a Roland durante medio segundo. Roland esperaba que aquel bruto se disculpara avergonzado.

En vez de ello, palideció algo consternado.

—¿Borenson? —gritó, despertándose del todo—. ¿Qué haces aquí?

Echó los ciento cincuenta kilos de peso hacia atrás, contra la pared, y allí se agazapó, temblando como horrorizado por si Roland le pegaba.

Se trataba de un hombre tremendo, de cabello negro y bastantes canas en la barba. Roland no lo reconocía. *Aunque he estado dormido durante veintiún años*, pensó.

—¿Le conozco? —preguntó Roland, rogando que le dijera su nombre.

—¿Si me conoces? Casi me matas, aunque debo reconocer que me lo merecía. Entonces era un imbécil, pero me he enmendado y ahora solamente soy medio imbécil. ¿No me conoces? ¡Soy el barón Poll!

Roland no conocía de nada al tipo. *Me confunde con mi hijo, Ivarian Borenson*, se percató Roland, la existencia del cual solamente había averiguado tras despertar de su largo sueño.

—¡Ah, barón Poll! —dijo Roland con entusiasmo, esperando que el hombre reconociera su propio equívoco.

No era probable que el hijo de Roland se le pareciera tanto: él tenía el cabello pelirrojo intenso y la tez pálida, pero la madre del muchacho era de piel bastante oscura.

—Me complace verte.

—Igualmente, me alegro de que pienses así. Entonces, ¿el pasado está olvidado? ¿Me perdonas... que te robara la bolsa? ¿Todo?

—En lo que a mí respecta, como si no nos conociéramos —dijo Roland.

El barón Poll parecía un tanto desconcertado.

—Parece que estás de un humor generoso, después de todas las palizas que te propiné... Imagino que te hiciste soldado. Uno podría hasta decir que me debes algo, ¿no?

—Ah, las palizas —repetió Roland, aún asombrado de que el tipo no se percatase de su confusión.

Roland únicamente sabía que su hijo era capitán de la guardia del rey.

—No fue nada. Yo las devolví con creces, ¿no?

El barón Poll miró a Roland de hito en hito, como si este se hubiera vuelto completamente loco. Roland comprendió que su hijo no se había defendido.

—Bueno... —aventuró Poll con recelo—, entonces me alegro de que nos reconciliemos. Pero... ¿qué haces aquí, en el sur? Pensaba que estarías en Heredon.

—Desgraciadamente, el rey Orden ha muerto —dijo Roland solemnemente—. Raj Ahten se enfrentó a él en Longmot. Miles de hombres cayeron en combate.

—¿Y el príncipe? —preguntó Poll, palideciendo.

—Por lo que sé, está bien —respondió Roland.

—¿Por lo que sabes? ¡Pero tú eres su guardaespaldas!

—Es por eso que tengo prisa en regresar a su lado —dijo Roland, bajándose de la cama. Se echó la nueva capa de viaje de piel de oso por los hombros y se puso las pesadas botas.

El barón Poll movió su mole lentamente al borde de la cama, y echó un vistazo algo estupefacto.

—¿Dónde está tu hacha? ¿Y el arco? ¡Viajas sin armas!

—Sí.

Roland tenía prisa por llegar a Heredon y no se había molestado en comprar armas, apenas se había enterado la noche anterior de que las iba a necesitar cuando se encontró con varios refugiados que huían del norte.

El barón Poll miró a Roland como si este estuviera loco.

—Sabrás que el castillo de Crayden cayó hace seis días junto con el castillo de Fells y la fortaleza de Tal Dur, ¿no? Y que hace un par de días Raj Ahten destruyó Tal Rimmon, Gorlane y Aravelle. Doscientos mil hombres de Raj Ahten marchan hacia Carris y llegarán mañana al amanecer. ¿Te diriges sin armas hacia ese peligro?

Roland no conocía la topografía del lugar. Al ser analfabeto, no podía leer mapas y, hasta ahora, no se había desplazado a más de diez kilómetros de su hogar natal, en

las Cortes de Tide. Aunque sabía que los castillos de Crayden y Fells defendían el paso de la frontera oeste de Mystarria, jamás había oído hablar de Tal Dur, pero sabía que los castillos al norte habían sido destruidos.

—¿Podré llegar a Carris antes que ellos? —preguntó Roland.

—¿Tu caballo es veloz?

Roland asintió.

—Posee un don de resistencia y uno de fuerza y metabolismo.

Se trataba de un noble corcel, como el que montaban los correos del rey. Tras una semana de viaje, Roland se había tropezado con un comerciante de caballos y le había comprado la bestia con el dinero heredado mientras dormía.

—Entonces, hoy puedes hacer cien kilómetros sin problema —dijo el barón Poll—. Pero las carreteras pueden resultar traicioneras. Los asesinos de Raj Ahten andan sueltos en masa.

—De acuerdo —dijo Roland.

Tenía la esperanza de que su cabalgadura estuviera a la altura del desafío. Se dio media vuelta con la intención de partir.

—Espera, no puedes marcharte así —dijo el barón Poll—. Llévate mis armas y mi armadura, lo que quieras.

Con la cabeza señaló hacia un rincón de la habitación. El peto del barón Poll se encontraba apoyado contra la pared junto con un hacha enorme, una espada tan larga como un hombre y una espada corta.

El peto era demasiado ancho para Roland, le sobraba la mitad, y dudó poder siquiera levantar la espada de mano y media lo suficiente como para utilizarla en combate. Roland era carnicero de profesión. El hacha era del mismo tamaño que las cuchillas de carnicero de doce kilos que Roland había utilizado para partir cabezas de vacuno, pero dudaba que en una refriega optara por un arma tan tosca. Aunque quedaba la espada corta, la cual no era mucho más grande que un buen cuchillo largo. Aun así, Roland no podía aceptar tal obsequio con engaños.

—Barón Poll —se disculpó Roland—, me temo que te has equivocado. Mi nombre es Roland Borenson. No soy miembro de la guardia del rey. Me confundes con mi hijo.

—¿Cómo? —exclamó el barón Poll—. El Borenson que yo conocía era un bastardo sin padre. Así lo decían todos. ¡Y nos burlábamos de él sin tregua por eso!

—Todos los hombres tienen padre —dijo Roland—. Yo he estado sirviendo como consagrado en la torre Azul los últimos veintiún años, cedí mi metabolismo a favor del rey.

—¡Pero todos afirmaban que estabas muerto! No. Espera... Ya recuerdo algo mejor la historia: se decía que eras un delincuente común, un asesino, ejecutado antes de nacer tu hijo.

—Ejecutado no —protestó Roland—, aunque quizás la madre de mi hijo lo hubiera deseado así.

—Ah, recuerdo bien a esa arpía —dijo el barón Poll—. Según la memoria, a menudo deseaba la muerte a todos los hombres. Desde luego, me maldecía lo suficiente.

El barón Poll se ruborizó de repente, como si le avergonzara seguir entrometiéndose.



—Debería haberlo sabido —dijo—. Sois demasiado joven. El Borenson que yo conocía posee dones de metabolismo y, por consiguiente, ha envejecido. En los últimos ocho años, ha envejecido más de veinte. Si ambos os pusierais hombro con hombro, creo que pareceríais padre e hijo, aunque el padre sería él y tú, el hijo.

Roland asintió con la cabeza.

—Ya lo has comprendido.

El barón Poll unió las cejas en modo pensativo.

—¿Te diriges a ver a tu hijo?

—Y también a ofrecer mis servicios a mi rey —contestó Roland.

—No posees dones —indicó Poll—. No eres un soldado. Nunca llegarás a Heredon.

—Seguramente no —asintió Roland.

Roland se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera! —gritó el barón Poll—. Sacrificate si quieres, pero no se lo pongas fácil a los otros; al menos, llévate un arma.

—Gracias —dijo Roland conforme cogía la espada corta.

No llevaba un cinturón con el que sujetar la vaina; así que se la guardó bajo la camisa.

El barón Poll resopló, disgustado por la elección de tal arma.

—De nada. Suerte.

El barón Poll salió de la cama y le estrechó la mano a Roland a la altura de la muñeca. El tipo agarraba tan fuerte como un torno. Roland también lo agarró fuertemente, como si poseyera dones de fuerza física propios. Los años que había pasado trabajando con cuchillos le habían fortalecido las muñecas y dejado un potente agarre, incluso tras décadas de estar dormido tenía músculos firmes y callos.

Roland se apresuró a la planta baja. La sala común estaba llena, los campesinos que escapaban al sur se agolpaban en torno a unas mesas, mientras que los escuderos que se dirigían al norte con sus señores se sentaban en otras. Aquellos jóvenes afilaban hojas o frotaban el cuero o las cotas de malla con aceite. Algunos de los nobles iban extrañamente vestidos con casacas, calzas y gambesones y se sentaban en taburetes en la barra.

El olor a pan fresco y carne era suficientemente atrayente para que Roland se arrepintiera de su promesa de salir de allí sin comer. Se sentó en un taburete vacío. Dos caballeros discutían enérgicamente acerca de cuánto dar de comer a un caballo de batalla antes de lanzarse en combate, y uno de ellos hizo un gesto con la cabeza hacia Roland, como si lo animara a unirse al debate. Roland se preguntó si el hombre lo conocía, o si creía que Roland era un noble debido a la capa de piel de oso que llevaba, y la casaca, calzas y botas nuevas. Roland sabía que iba vestido como un noble, pero enseguida oyó a un escudero susurrar el nombre de Borenson.

El posadero le trajo té con miel en una taza guardabigotes, y Roland comenzó a comer una barra de pan de centeno que mojaba en una salsera de jugo de carne, la cual contenía tropezones de carne de cerdo.

Mientras comía, se puso a reflexionar sobre los acontecimientos que habían transcurrido a lo largo de la semana.

Esta era la segunda vez en una semana que le habían despertado con un beso... Siete días antes hubo notado un roce en la mejilla, un roce suave e indeciso, como si una araña se arrastrara encima de él, y se despertó de golpe, con el corazón acelerado.

Sobresaltado, se encontró en una habitación con poca luz, tumbado en una cama al mediodía. Las paredes eran de piedra maciza, su colchón de plumas y paja. Reconoció el lugar de inmediato por la acidez del aire de mar. En el exterior, golondrinas de mar y gaviotas chillaban como si fuera un solitario lamento. Las enormes olas del océano rompían contra el rompeolas extraído de la roca antigua al pie de la torre. Como consagrado que había otorgado dones de metabolismo, había dormido profundamente durante veinte años. De algún modo, durante esos años de durmiente, Roland había percibido el azote de las olas temporales que hacían que todo el torreón se estremeciera con el impacto, erosionando la roca incesantemente.

Se encontraba en la torre Azul, a varios kilómetros al este de las Cortes de Tide, en el mar Caroll.

La pequeña estancia que habitaba era sorprendentemente escueta, casi como una tumba: no había mesa ni sillas, ni tapices ni alfombras que vistieran las paredes o el suelo desnudo. Ni un armario para ropa, ni siquiera una percha en la pared donde colgar una bata. No era una habitación habitable, solamente un lugar donde dormir eternamente. Aparte del colchón y Roland, el diminuto aposento contenía una joven que había dado un salto hacia atrás, hacia los pies de la cama, junto a una palangana. Roland la distinguió bajo la tenue luz que proyectaba una ventana incrustada de salitre. Era un bombón de cara ovalada, ojos azul pálido y pelo de color paja. Llevaba una corona de diminutas violetas en el pelo. Lo había despertado el roce de su largo cabello.

El rostro de la joven enrojeció de vergüenza y se agachó un poco en cuclillas.

—Discúlpeme —tartamudeó—. La señora Hetta me ordenó que lo lavara.

Como si quisiera demostrar sus buenas intenciones, levantó un paño de lavar y se lo mostró.

No obstante, la humedad del trapo en los labios no le supo a Roland a trapo rancio sino al beso de una muchacha. Quizás quiso lavarlo, pero decidió procurarse una diversión algo más tentadora.

—Voy en busca de ayuda —dijo, y tiró el trapo en la palangana.

Se giró a medias desde donde estaba agazapada.

Roland la agarró por la muñeca, rápido, como cuando una mangosta atrapa una cobra. Debido a su celeridad, se había visto obligado a ceder su metabolismo al servicio del rey.

—¿Cuánto tiempo llevo dormido? —le suplicó.

Tenía la boca sequísima y las palabras le producían picor de garganta.

—¿En qué año estamos?

—¿Año? —preguntó la joven, apenas forcejeando con él.

Roland la tenía cogida firmemente. Aunque la muchacha podía haberse liberado, decidió quedarse. Roland percibió su aroma: limpio, con un toque de agua de lilas en el pelo, o igual eran violetas secas.

—Es el vigésimo segundo año del reinado de Mendellas Draken Orden.

Las nuevas no le sorprendieron, pero las palabras fueron un golpe. *Veintiún años desde que cedí mi don de metabolismo al servicio del rey. Veintiún años durmiendo en este camastro mientras unas jóvenes me lavan de cuando en cuando o me dan sopa con una cuchara y se aseguran de que aún respiro.*

Roland había otorgado su metabolismo a un joven soldado, un sargento llamado Drayden. En esos veintidós años, Drayden habría envejecido más de cuarenta, mientras que Roland dormía y no envejecía ni un solo día.

Se le antojaba que habían pasado unos instantes desde que se había arrodillado ante Drayden y el joven rey Orden y los mediadores cantaban con voces de pájaro, apretando los marcadores en el pecho de Roland, invocando el don. El dolor que le habían producido los marcadores fue indescriptible, llegó a notar el olor de la carne y del vello del pecho cuando comenzaron a chamuscarse, a sentir una fatiga aplastante mientras los mediadores extraían su metabolismo. Había aullado de dolor y de terror al final y, en apariencia, sucumbido para siempre.

Puesto que ya se había despertado, sabía que Drayden estaba muerto. Si un hombre cedía sus atributos a un noble, una vez que este moría, los atributos regresaban al consagrado. Si Drayden había muerto en combate o en el lecho, Roland no podía saberlo. Pero ya que era uno de los restablecidos, significaba con certeza que Drayden había muerto.

—Me voy —dijo la joven, forcejeando un poco.

Roland notó el suave vello del antebrazo. Tenía un par de granos en la cara, pero con el tiempo se imaginó que se convertiría en una belleza.

—Tengo la boca seca —dijo Roland, sin soltarla.

—Le traeré agua —le prometió y dejó de forcejear como si, al rendirse, esperaba que el otro la soltara.

Roland le soltó la muñeca, pero la miró fijamente a la cara. Era un hombre joven y hermoso de cabello largo y pelirrojo, recogido en la nuca, de barbilla pronunciada y ojos azules penetrantes, de cuerpo esbelto y musculoso.

—Hace un instante, cuando me besabas mientras dormía, ¿me deseabas a mí o a algún otro hombre?

La muchacha tembló de miedo, miró la pequeña puerta de madera del aposento de Roland, como si quisiera asegurarse de que estaba cerrada. Agachó la cabeza con timidez y dijo:

—A usted.

Roland escrutó el rostro de la joven. Unas cuantas pecas, boca recta, una nariz delicada. Deseaba besarla, justo detrás de la pequeña oreja izquierda.

Para rellenar el silencio, la muchacha comenzó a charlar:

—He estado lavándole desde que tenía diez años. Yo..., en ese tiempo, me he familiarizado bastante con su cuerpo. En su semblante hay amabilidad, crueldad y belleza. A veces me pregunto qué tipo de hombre es usted, y esperaba que se despertara antes de casarme. Me llamo Sera, Sera Crier. Mi padre, madre y hermanas murieron en un derrumbamiento de tierras cuando era pequeña, y ahora soy sirvienta aquí, en el torreón.

—¿Sabes mi nombre acaso? —preguntó Roland.

—Borenson. Roland Borenson. Todo el mundo en el torreón le conoce. Es usted el padre del capitán de la guardia del rey. Su hijo es el guardaespaldas del príncipe Gaborn.

Roland se maravilló. No sabía que tenía un hijo, aunque cuando hubo cedido el don su esposa aún era joven. Esta, empero, habría envejecido. En el momento de ceder el metabolismo, no sabía que esperaba un hijo.

Se preguntaba si la joven era sincera, por qué se sentía atraída por él.

—Sabes mi nombre. ¿Sabes también que soy un asesino? —preguntó.

Sera retrocedió estupefacta.

—Maté a un hombre —confesó Roland.

Se preguntó qué lo motivaba a contar eso. Aunque el hombre había muerto hacía ya veinte años, para él hacía apenas horas, y aún tenía reciente en la mente el tacto de las tripas del hombre entre las manos.

—Estoy segura de que tuvo una buena razón para hacerlo.

—Lo encontré en la cama con mi mujer. Lo abrí como a un pez, aunque mientras lo hacía, me preguntaba cuál era mi excusa. Nuestro matrimonio había sido concertado y fue una unión desacertada, se mirara por donde se mirara. No sentía afecto por ella y ella me odiaba. Matar al hombre fue algo inútil. Creo que lo hice para hacerle daño a ella, no lo sé. Durante años te has preguntado qué clase de hombre soy, Sera. ¿Crees saberlo?

Sera se mojó los labios y comenzó a temblar.

—Cualquier otro hombre hubiera sido decapitado por tal obra. El rey debe de tenerle en estima. Igual él también discernió algo de amabilidad oculta bajo su crueldad.

—Yo solo veo desperdicio y estupidez —respondió Roland.

—Y belleza.

Sera se inclinó para besar los labios de Roland. Este desvió un poco la cabeza.

—Estoy comprometido —dijo.

—A una mujer que lo repudió y se casó con otro hace mucho, mucho tiempo... —contestó Sera.

Roland estaba convencido de que ella sabía de lo que hablaba al mencionar a su mujer. La noticia lo entristeció. La joven era la hija de otro carnicero, con un ingenio más afilado que los cuchillos de su padre, la cual siempre opinó que Roland era estúpido y Roland siempre opinó que ella era cruel.

—No —respondió, intuyendo que Sera no entendía lo que quería decir—. No comprometido con mi mujer, sino con mi rey.

Roland se incorporó en el catre, se miró los pies. No llevaba nada más que una túnica, una prenda de algodón rojo de buena calidad que absorbía el aire húmedo. No como la vieja ropa de trabajo de hacía veintiún años, cuando había cedido su don. Esas se habrían deshecho.

Sera le consiguió unos pantalones y un par de botas de piel de cordero y se ofreció a ayudarle a vestirse, aunque no necesitaba ayuda. Nunca se había sentido tan completamente restablecido.

Aunque ya era la segunda vez durante esa misma semana que Roland se había despertado con un beso, los labios de Sera Crier le resultaron bastante más apetecibles que los del barón Poll.

Mientras comía, un joven caballero con armadura de launas entró por la puerta delantera.

—¡Borenson! —gritó a modo de saludo.

En ese mismo instante, el barón Poll acababa de bajar la escalara y estaba de pie en el rellano.

—¡Y el barón Poll! —dijo el hombre, consternado.

De repente, la sala se convirtió en un remolino de agitación. Los dos nobles situados al lado de Roland se tiraron al suelo. El caballero que se encontraba junto a la puerta desenfundó la espada de la vaina con un ruido metálico. Los escuderos en el rincón gritaron varias versiones de «¡pelea!» y «¡contienda sangrienta!». Uno de los muchachos tumbó una mesa y se ocultó tras ella como si fuera una barricada. Una joven que servía a los campesinos tiró una cesta con panes al aire y salió corriendo en dirección a la alacena, chillando:

—¡Barón Poll y sir Borenson en la misma habitación!

El posadero salió corriendo de la cocina, pálido, como si esperara rescatar el mobiliario.

Allí donde Roland mirara, veía caras asustadas.

El barón Poll permaneció de pie en el rellano, contemplando la escena con una sonrisa burlona en los labios.

Roland disfrutó con la broma. Arrugó la frente, sacó la espada corta y lanzó una mirada amenazadora al barón Poll. Después, cortó una barra de pan en dos y clavó la punta de la daga en el mostrador, para que quedara allí agitándose.

—Parece ser que a mi lado ha quedado vacío un taburete, barón Poll —dijo Roland—. ¿Desayunas conmigo?

—Vaya, gracias —dijo cortésmente el barón Poll.

Balanceándose, se acercó al taburete, se sentó, tomó la mitad de la barra y la metió en la salsera de Roland.

La multitud no daba crédito. Roland pensó, *están igual de sorprendidos que si el barón Poll y yo fuéramos un par de sapos volando por la sala, como colibríes, y cazando moscas con largas lenguas.*

Aterrorizado, el joven caballero exclamó:

—¡Pero ustedes no pueden estar a cincuenta leguas el uno del otro, por orden del rey!

—Cierto, pero anoche, por pura casualidad, Borenson y yo nos vimos forzados a compartir el mismo camastro —respondió el barón Poll con satisfacción—. Y debo admitir que jamás había tenido un compañero de cama más cordial.

—Ni yo —añadió Roland—. Pocos hombres le calentarían a uno el trasero tan bien como el barón Poll. El hombre es tan grande como un caballo y tan caliente como la fragua de un herrero. Sospecho que podría calentar a una aldea entera por la noche. Podría freírse pescado en sus pies o cocer ladrillos en su espalda.

Todos los miraban de hito en hito, como si estuvieran chalados, mientras Roland y el barón Poll discutían en voz alta tópicos como el tiempo, las recientes lluvias, que habían empeorado la gota de la suegra de Poll, la mejor forma de cocinar el venado y demás. Los miraban cautelosamente, como si en cualquier instante fuera a acabarse la tregua y ambos hombres fueran a sacar los puñales.

Por fin, Borenson le dio una palmada a Poll en la espalda y salió fuera, a la luz del alba. La aldea de Hay hacía honor a su nombre, en el campo había pajares por doquier y rudbequias que estaban muy floridas para aquella altura del verano. Al borde de la

carretera, saliendo de la aldea, abundaban los tonos amarillos y marrones intensos. La campiña era llana y la hierba había crecido mucho, y en anteriores veranos las rudbeckias ya estaban descoloridas por el sol, casi marchitas.

Los puercos se habían marchado de la puerta de la posada, un acto sensato. Un par de gallinas rojas picoteaban en el lodo a los pies de Roland. Este esperó a que un mozo de cuadra le trajera su caballo. Mientras, estuvo de pie observando el cielo neblinoso. El ambiente estaba húmedo con masas de niebla. La ceniza del volcán flotaba entre la niebla como copos de nieve cálida.

El barón Poll salió y estuvo con él un instante, mirando hacia arriba y acariciándose la barba.

—Hay maldad en la erupción del volcán, y magia poderosa —predijo—. Tengo entendido que Raj Ahten lleva tejedores de llamas en su cortejo. Me pregunto si estarán involucrados en esto.

A Roland se le antojaba poco probable que los tejedores de llamas tuvieran algo que ver con el volcán. Había hecho erupción muy al sur y los soldados de Raj Ahten se reunían en Carris, unos cien kilómetros al norte. No obstante, aquello no presagiaba nada bueno.

—¿Qué es eso de las órdenes del rey? —preguntó Roland—. ¿Por qué debes mantenerte a cincuenta leguas de mi hijo?

—Ah, no es nada —dijo el barón Poll con una sonrisa avergonzada—. Agua pasada, te lo contaría, pero probablemente pronto te enteres de labios de un trovador, imagino. Lo cuentan casi bien del todo.

El barón Poll bajó la vista al suelo, algo sofocado, y se limpió la ceniza que le había caído en la capa.

—He temido mortalmente a tu hijo los últimos diez años.

Roland se preguntó qué habría hecho su hijo si se hubiera despertado en los brazos de aquel hombre.

—Pero los malos tiempos pueden convertir a los peores enemigos en amigos, ¿no? —dijo el barón Poll—. Y los hombres pueden cambiar, ¿verdad? Si lo encuentras, deséale a tu hijo lo mejor de mi parte.

La expresión de Poll rogaba el perdón de Roland, y a este le hubiera complacido perdonarlo; pero no podía hablar por su hijo.

—Lo haré —prometió Roland.

A lo lejos, por el camino de tierra que venía del sur, cincuenta caballeros galopaban hacia el norte. Los cascos de los caballos de batalla retumbaban en la tierra.

—Quizás tu trayecto hacia el norte no resulte tan peligroso después de todo —dijo el barón Poll—. Pero, toma nota de lo que te digo, ten cuidado en Carris.

—¿Tú no te diriges al norte? Pensaba que vendrías conmigo.

—¡Bah! —dijo el barón Poll—. Yo voy en dirección equivocada. Tengo una finca de verano en las afueras de Carris y mi mujer quería que me llevara algunos objetos valiosos antes de que los hombres de Raj Ahten saqueen el lugar. Estoy ayudando a los sirvientes a proteger el carro.

Eso parecía una actitud cobarde, pero Roland no dijo nada.

—Ya —dijo el barón Poll—, sé lo que piensas. Pero tendrán que luchar sin mí, tuve dos dones de metabolismo hasta el otoño pasado, cuando algunos de mis consagrados

fueron abatidos. Me siento demasiado viejo y gordo para un combate de verdad. La armadura me sienta como me sentaría la ropa interior de mi mujer.

Aquellas palabras le resultaron duras, el barón deseaba ir con él. No obstante, no aparentaba tener más de cuarenta y pico años. Si había tenido consagrados durante diez, cronológicamente tendría veinte años; la edad de Roland.

—Podíamos saltarnos la batalla de Carris—sugirió Roland—y buscarnos otra más a tu gusto. ¿Por qué no vienes conmigo?

—¡Ja, ja! —rió el barón Poll—. ¿Casi mil trescientos kilómetros hasta Heredon? Si no te preocupa tu salud o la mía, ¡al menos apiádate de mi pobre caballo!

—Deja que tus criados transporten tus tesoros. No necesitan que los protejas.

—Ah, mi mujer la tomaría conmigo, ¡la bruja! Es mejor provocar la ira de Raj Ahten que la suya.

Una doncella salió de la posada y, con experta destreza, agarró por el cuello a una de las gallinas que habían estado picoteando la tierra.

—Tú vienes conmigo. Lord Collinsward quiere que acompañes su desayuno.

Le retorció el cuello y comenzó a desplumarla mientras se la llevaba a la parte de atrás de la posada.

Instantes más tarde, los caballeros del sur entraban en la aldea y condujeron a los caballos hacia el establo. Parece ser que esperaban descansar, informarse y atender a las monturas.

Cuando el mozo de cuadra le trajo el caballo, Roland montó y entregó una moneda pequeña al muchacho. La potranca estaba bien restablecida, retozona. Era una enorme bestia roja cuyos cascos y frente resplandecían de blanco. Se comportaba como si estuviera preparada para una enérgica carrera al aire fresco de la mañana. Roland se marchó por el camino, atravesando un campo envuelto en niebla alta que pronto se convirtió en una neblina baja.

Roland olfateó las cenizas. Por la carretera hacia el norte estaba el ejército de Raj Ahten, se decía que contaba con hechiceros, con los Invencibles, los gigantes frowth y con violentos canes de guerra.

No pudo evitar pensar en lo injusta que podía llegar a ser la vida. Esa pobre gallina en la posada no había tenido oportunidad alguna antes de morir.

Mientras Roland se ocupaba de tales pensamientos nefastos, lo sobresaltó el estruendo de un caballo a galope tendido.

Miró hacia atrás, preocupado ante la idea de que fuera un ladrón o un asesino. Cabalgaba entre la niebla espesa y no distinguía trescientos metros de distancia por delante. Espoleó a su cabalgadura y se salió de la carretera, buscó la espada corta justo cuando una descomunal figura apareció estrepitosamente entre la niebla, detrás de él.

El barón Poll dio un brinco sobre la montura.

—¡Bien hecho! —gritó el caballero rechoncho, manteniéndose sentado a duras penas encima del corcel de batalla.

La bestia miraba a su alrededor con expresión aterrorizada, los ojos bien abiertos y las orejas hacia atrás, como temiendo que su dueño fuera a propinarle un buen cachete.

—¿No te dirigías al sur con tus tesoros? —preguntó Roland.

—¡Al diablo con ellos! Los sirvientes pueden fugarse con todo, por lo que a mí respecta. ¡Que se queden también con la arpía de mi mujer! —gritó el barón

Poll—. Tenías razón, ¡es mejor morir joven, con la sangre caliente en las venas, que morir viejo y lentamente por obesidad!

—Yo no dije eso —protestó Roland.

—¡Anda ya! Tu mirada lo decía todo, muchacho.

Roland enfundó la espada.

—Bueno, puesto que tengo ojos tan elocuentes le daré un descanso a la lengua indisciplinada.

Con ello, introdujo al caballo en la niebla.